



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 218– 17 de febrero de 2017

## En este número

### Te ofrecemos

1. **¿Qué mayores?**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Memoria y olvido**, *Gonzalo Cerezo Barredo*
3. **Leyendo entre líneas**, *Manuel Parra Celaya*
4. **Concha Espina y el Cara al sol**, *José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza*
5. **El relevo de Matías Montero**, *Francisco Caballero Leonarte*
6. **Todos al cole**, *Fernando Sánchez Dragó*
7. **La tiranía que viene**, *Rafael Sánchez Sans*

## ¿Qué mayores?

### Emilio Álvarez Frías

**E**l todopoderoso general en jefe de Podemos, el cacique Pablo Iglesias, habla mucho, se contradice, deriva de camino en sus peroratas, pero no es por falta de memoria o porque cambie de criterio, ¡qué va!, es pura estrategia para ir conquistando terreno a base de pequeñas batallas, de infiltración en los decires de los demás, de colarse con subterfugios en lo que piensa el respetable pueblo. Es un estratega del carajo. Espero que a pesar de ello se estrelle en cualquiera de las trincheras que ha de ir asaltando con la idea fija de conseguir el gobierno tal como lo anuncia sin fijar fecha.

Últimamente lamenta que los mayores no se hayan volcado a otorgarle el voto. Él, que tenía mucha fe en la ancianidad pues allá por mayo de 2015 decía en Oviedo «En su día nuestros mayores fueron los protagonistas del cambio de España, les pedimos que ahora también lo sean. Les necesitamos con la misma ilusión que en los 70 o en 1981». Le han decepcionado. Claro que cuando habla de mayores de aquellos años está refiriéndose a los que hicieron la guerra, digo yo, a los que levantaron España con Franco a la cabeza, a los que nos sacrificamos como ellos no pueden ni imaginar para que, cuando llegaran los años 70 estuviéramos preparados para hacer el cambio, entregando a las nuevas generaciones todo el bagaje de realizaciones, para que ellos continuaran con la tarea. Algunos llegaron a decir que fue «hacerse el harakiri». Pero no, fue comprender que había terminado una etapa y había que empezar otra, y con honradez y buenas maneras se pasó el testigo a un nuevo relevo en la creencia que obrarían en adelante con la misma honestidad. Surgieron algunos elementos, como sus padres, por ejemplo, que a pesar de haber estado medrando durante la etapa anterior, decidieron romper la baraja e iniciar la vuelta atrás. Fue una traición a la gente de bien que había trabajado durante tantos años por el bien de España.

Su exsecretaria de Análisis Político Social, Carolina Bescansa, decía en 2016 que si todo el electorado fuese menor de 45 años, «Pablo Iglesias sería presidente del Gobierno desde el año pasado». No sabemos qué dirá ahora, cuando las convulsiones del partido y las ambiciones

desmesuradas del cacique han empezado a desbrozar un camino que desea seguir solo, aunque con una amplia claqué, lo que la ha llevado a presentar la dimisión.



Ya quisiéramos encontrarnos ahora con los mayores y jóvenes de los años 70, aunque estos jóvenes ya iban campando por caminos propios, con la experiencia acumulada durante los años que han transcurrido desde entonces. Pero no vamos a cantar la palinodia como Pablo Iglesias. Hoy es hoy y no ayer, evidentemente.

Más o menos animado, voy a salir a la calle con mi botijo a ver si encuentro algunos mayores de los años 70, incluso de los 82, y también algunos jóvenes de entonces, para invitarles a un trago del agua de los pantanos que se construyeron en aquellos años malditos y olvidados, bautizado con unas copitas de Chinchón seco. Para ello tomaré un botijo zoomorfo, del Taller de Calixto Ybiricu, de Estella que, como no podía ser de otra manera, tiene

forma de torito rememorando los encierros pamplonicas.

## Memoria y olvido

Gonzalo Cerezo Barredo

**R**afael García Serrano (Pamplona 11 de febrero de 1917-Madrid 12 de octubre de 1988) ha cumplido el pasado martes día 17 su primer centenario. Sin pena ni gloria. Víctima del olvido de las derechas y de las izquierdas. Uno más de los enterrados en el olvido de la memoria. Esa que para mayor escarnio llaman historia, incurriendo en patente contradicción pues la historia o es memoria o no es nada. Caben en ese enorme cementerio políticos, militares y paisanos -nombres, algunos, que apenas significan nada ya si no es para su propia familia- y episodios sin los cuales sería imposible comprender la España contemporánea, e incluso sucesos menores que no pasan más allá de la pequeña historia. En este caso es uno de los grandes escritores de la narrativa española.

Era y es, uno de los grandes de la de la literatura imprescindible del canon del que ha sido llamada, con justa causa, por algunos, Edad de Plata de nuestra cultura. En opinión de muchos -yo entre ellos, aunque la mía no añade nada- el más grande de los autores que escribieron sobre las fechas inmediatamente precedentes a la guerra de 1936.

Nadie lo diría. Parece no haber existido. Ni para la Asociación de la Prensa madrileña -a la cual perteneció hasta su muerte- ni para la Biblioteca Nacional que no ha querido dedicar un espacio a quién ha contribuido brillantemente como el que más a llenar sus plúteos- ni para la Academia Española que no se dignó incorporarlo en vida ni ha tenido a bien recordarle en muerte.

La primera omisión le habría dolido mucho. Periodista hasta la médula, dirigió uno de los grandes periódicos españoles, y escribió artículos y crónicas memorables. La segunda tal vez le habría dolido menos y no pasaría de brindarle una hija, acompañada de una desdeñosa indiferencia. La tercera le habría hecho recordar -pensando irónicamente en alguno de sus integrantes- que de menos nos hizo Dios y que como dejó dicho Marx, el bueno, nunca pertenecería a un club en el que lo admitieran a él.



Otras ausencias habían desgarrado su corazón cómo desgarraron el mío y el de los pocos amigos y admiradores que asistimos a la mesa redonda que en su recuerdo se celebró el pasado sábado día 11, en el madrileño Hotel Velázquez.

No le habría importado mucho las que no le importaban jamás.

Rafael no era vanidoso. Creía que los fastos y oropeles eran para quienes los busquen aunque sea sin merecerlos (no hay que ir muy lejos de la Academia para encontrar ejemplos resonantes). Aunque tuvo otros, solo uno le bastaba: el Premio Nacional de literatura *José Antonio*. Sin necesidad de profesar el existencialismo se puede aceptar que uno existe antes de ser escritor periodista o falangista. Lo primero solo requiere ganas y habilidad. La suerte no sobra. Los otros dos modos de ser requieren algo más. Tienes que poner en ellos el corazón y el valor, porque tanto uno como el otro son arriesgados. Te juegas en ellos la vida.

No es solo una cuestión de vocación. Se necesita, además, para lo segundo, espíritu de sacrificio, y para lo tercero ni siquiera eso solo porque las ideas pueden seducir pero sólo perduran si en ellas empeñas tu vida y tu corazón. La sola seducción no basta porque la vida transcurre como un río que nos lleva. Pueden reflejar el paisaje pero sólo es un espejismo pasajero si no lo incorporas a tu propia esencia radical. Esto es lo que dice demencia de ideas y creencias.



La fidelidad tiene un alto precio que no todos están dispuestos a pagar. Cuando encuentras en el camino ese roble recio que las mudanzas del tiempo no doblegan, es una acusación. Una piedra de escándalo. Un pecado que no se perdona.

Hay muchas formas de olvido. Algunas se revisaron en la mesa redonda a la que antes he aludido. No todas culpables, por cierto. Las nuevas generaciones no tienen la culpa de que parte, al menos, de las que las han precedido, no hayan transmitido el íntegro relato de la historia. Cómo del relato evangélico el que sea inocente que arroje la primera piedra. Todos somos culpables. *Humos* más que

*Otros.*

Disponemos hoy de excelentes estudios sobre la literatura del período comprendido entre los años 20 y los 30. Existe una copiosa bibliografía que contempla la Guerra Civil Española desde prácticamente todos los ángulos, y que se prolonga hasta nuestros días. Lamentablemente no soy ningún experto en el tema. Hoy no ha dejado de crecer. El propósito de esta nota es llamar la atención sobre este sonoro silencio. En estas páginas escriben personas que cómo José Antonio García de Tuñón Aza han dedicado largas horas y trabajos al estudio de la que en un sentido muy genérico podríamos llamar la literatura de la Falange. No me cabe la menor duda que abordará cuanto se refiere a la bibliografía y filmografía de Rafael García Serrano, con la autoridad y el rigor que le caracterizan que dejó para él, pues en este tema sólo puedo considerarme un admirador y aficionado. Eso sí, camarada.

## Leyendo entre líneas

### Manuel Parra Celaya

No puedo evitar que Arturo Pérez-Reverte sea uno de mis autores de cabecera; precisamente, en las páginas de *La Gaceta* de la Fundación José Antonio, le dedicaba recientemente mi enésimo artículo sobre él, titulado *De cal y de arena*, del que hará memoria algún lector. Además de gustarme su estilo literario y atraparme vigorosamente el contenido vibrante de sus narraciones, me atrae de forma particular la posibilidad de entrar en debate constante -claro

que limitado a mi interior- con sus ideas, tanto para matizarle las que comparto como para polemizar con las muchas en las que discrepo.

He creído vislumbrar, en esta disputa permanente autor-lector, que, como niño vergonzoso, Pérez-Reverte esconde o falsifica literariamente algunos juicios de valor que subyacen bajo la materialidad del negro sobre blanco. Me viene a recordar a aquel personaje del cuento de Pedro Antonio de Alarcón, al que apodaban *Polifemo*, que, tras su estampa terrible, su bastón de nudos, sus imprecaciones y la mirada atroz de su único ojo sanguinolento, escondía una gran dosis de ternura hacia los más desfavorecidos por la fortuna. Así, junto al lenguaje bronco o cuidado, culto o soez, por debajo de sus antihéroes materialistas y sin escrúpulos de conciencia, con la aventura y el peligro como únicos dioses, permanecen soterradas añoranzas o simpatías hacia formas de idealismo y de autenticidad.

Ya me sacudió esta sensación con novelas anteriores del autor y, especialmente, con las del *Capitán Alatriste*, aquel mercenario escasamente creyente de lo divino, desdeñoso de su rey en lo humano, amargado y cruel, que, sin embargo, era capaz de perdonar la vida al noble inglés, conmovido por los rasgos de lealtad, o de rechazar la rendición en Rocroi con un *esto es un Tercio español*, que me hizo recorrer un escalofrío por la espina dorsal al leerlo y casi saltar del asiento en su versión cinematográfica.

Ahora, al terminar la lectura de *Falcó* (Alfaguara, octubre de 2016), me ha ocurrido algo parecido y, asómbrense ustedes, con referencia al tratamiento que da a los falangistas, esos a los



que suele poner como chupa de dómine en sus artículos sobre historia de España. Quizás sean figuraciones mías, acaso porque intento arrimar el ascua a mi sardina -al ser de la *casa azul*- o, a lo mejor, porque es una manera de irritar cariñosamente a mi entrañable amigo José M<sup>a</sup> García de Tuñón.

A lo mejor me estoy excediendo y, si no se trata exactamente de simpatía, sí lo es capacidad de discernimiento y de reflexión, poniendo en práctica aquello tan viejo de no es oro todo lo que reluce o lo más viejo todavía de a quien Dios se la

dio, San Pedro se la bendiga. Sea una cosa u otra, juzgue el lector por sí mismo.

*Falcó* está ambientada en los días del primer año de nuestra guerra civil, pero, más que exaltar aspectos militares o épicos, se sitúa en el tenebroso mundo del espionaje y, sobre todo, de la intriga política; subyace como leit motiv una idea tópica y manida: el apoyo o no de Franco para la liberación de José Antonio, y, claro, Pérez-Reverte se inclina por la segunda opción. Aclaro que no es un tema que hoy en día me apasione, pero concedo más credibilidad a las documentadas tesis de Francisco Torres (*El último José Antonio*. Barbarroja. 2013) que a las especulaciones repetidas una y otra vez, como estas de la novela: «La idea de liberar a José Antonio venía de los mandos de Falange, y el Cuartel General del Caudillo no había podido oponerse al proyecto; pero se supone que José Antonio liberado y en Salamanca iba a cuestionar el control que Franco tenía sobre todo. Demasiados gallos en el gallinero. Así que había dado carrete a los camisetas azules, pro sin proponerse nunca que tuvieran éxito» (Pág. 203). Bueno.

El protagonista, Lorenzo Falcó, está ocasionalmente al servicio del bando nacional, en un servicio de espionaje cuya cabeza es un personaje llamado *el Almirante*; se le encarga que dirija una operación para liberar al preso de Alicante. Aquí me detengo en cuanto a explicar la trama de la novela -se trata, en todo momento, de un relato ficticio, por supuesto- porque resaltaría repetitivo para quien ya la ha leído o restaría voluntades de hacerlo a quienes no se hayan asomado todavía sus páginas. Evidentemente, Falcó entra en contacto con falangistas para su misión, algunos de ellos futuros componentes del comando de asalto a la prisión.

Y es en este punto donde empiezan los rastros que me han llevado a formular mi aventurada hipótesis: en las calles de Salamanca, el agente secreto es detenido por una patrulla de control vestida de azul; leamos las palabras del narrador omnisciente: «En las zonas ocupadas por los militares rebeldes a la República, toda la gentuza y todos los oportunistas se apresuraron a vestir la camisa azul [...]. Aquellos patriotas de ocasión podían ajustar impunemente cuentas a sus vecinos, delatar a sospechosos, robar en sus casas y hasta pegarles un tiro a la luz de los faros [...]. Poco que ver con las centurias falangistas que combatían de verdad, dejándose la piel en el Norte o en torno a Madrid» (Págs. 38 y 39)

A medio camino entre emboscados de retaguardia que usaban a la Falange como medio para sus tropelías y los combatientes del frente, un personaje, Ángel Luis Poveda es una figura discutible y controvertida, que parece representar a los supuestos militantes *con propiedades rurales en Sevilla*; le pregunta a Falcó qué sabe de José Antonio y la respuesta de este, que ni es falangista ni siente ningún ideal, es la siguiente: «Pues lo que todo el mundo, supongo. Que es abogado, hijo del general Primo de Rivera [...] Que es culto, guapo, gusta a las mujeres y habla idiomas. Que admira más a Mussolini que a Hitler, que es fascista convencido y que hace tres años fundó Falange Española».



En contraposición al Poveda de retaguardia, otro falangista y modesto héroe de verdad es Fabián Estévez, que «era un chico educado, sobrio, poco hablador [...] No hacía alarde de su una sola palabra sobre su participación reciente en la defensa del Alcázar de Toledo y en condición ni de su grado –era jefe de centuria de tropas de choque–, como tampoco había dicho los durísimos combates que se libraban en torno a Madrid (pág. 64). Estévez sonreía un poco, y aún parecía más joven al hacerlo [...]. Un tipo melancólico, pensó Falcó, con el pasado y el futuro pintado en la cara. Aquél no era, concluyó, de los que sobrevivían (pág. 68). El día anterior, el Almirante le había contado a Falcó que en la defensa del Alcázar de Toledo, cuando los rojos lograron poner pie y una bandera en las ruinas de la fachada norte, Estévez había sido uno de los cinco voluntarios que, solo con pistolas y trepando por escaleras de mano empalmadas con cuerdas, había subido allí para desalojar al enemigo» (pág. 68).

Completa el retrato de este falangista el siguiente párrafo del narrador: «Había hablado (Estévez) con una fe segura, casi vibrante, de las que no admitían vacilaciones ni dudas. Un tono en cierto modo ingenuo, pensó Falcó, hecho de lealtades y de camisas bordadas con el yugo y las flechas en tiempos pretéritos, o en raros lugares donde ser falangista no era todavía un medio de medrar y ajustar cuentas, sino un azar clandestino y peligroso. Un ritual de elegidos y creyentes, camisas viejas que se soñaban héroes un minuto antes de ser engullidos por los oportunistas y los canallas» (Pág. 69). El ambiente vivido y los hechos represivos que se contemplan en la retaguardia, llevan al siguiente diálogo entre Falcó y Estévez: «–Hay que sanear España, supongo –dejó caer Falcó para tantearlo, y lo miró de reojo. –Prefiero sanearlo en el frente. Esto huele a revancha y a vergüenza [...]», responde el falangista, que tampoco se cree la propaganda de su bando acerca de que la guerra acabará pronto y que el enemigo huye o se entrega; antes bien, la contienda será larga, porque se trata de «la mejor infantería del mundo contra la mejor infantería» (pág. 64)

Ya en Alicante, Falcó entra en contacto con los hermanos Montero, Ginés y Cari, de la Falange clandestina en la zona roja; el primero «se parecía en estilo a Fabián Estévez [...]. Quizás Montero era más ingenuo, y más pasado Estévez por el tamiz de la guerra; pero había algo común entre ellos, hecho de clandestinidad y de coraje, de decisión política y de fe en la causa por la que se jugaban la vida. Paradójicamente, eso les aproximaba a sus adversarios, a algunos

de ellos, los mejores del otro bando [...] Jóvenes valientes y decididos, unos y otros [...] De la hoguera donde se iba a consumir, o se estaba consumiendo, la mejor juventud de una y otra parte» (pág. 101).

La hermana de Ginés, Cari, explica sus razones: «Me hierva la sangre de ver cómo socialistas, comunistas, anarquistas y separatistas han destrozado España» (pág. 118). Aluden a José Antonio, y Falcó pregunta si se le ha comunicado el proyecto de fuga, a lo que los falangistas responden: «No se le hará saber hasta el último momento, por su propia seguridad. Es capaz de oponerse, con tal de no poner en peligro la vida de los camaradas» (pág. 98). Cari es el prototipo de mujer de la Sección Femenina: «Era serena y valiente [...], en un marco en que falangista capturado era falangista muerto; y raras veces moría despacio» (pág. 144).

Al compás de los acontecimientos, se produce un diálogo entre Falcó, mercenario sin ideología, y los que se juegan la vida por rescatar a José Antonio: «-Tú eres falangista (dice Falcó), no yo [...]. Se trata de liberar a tu jefe, no al mío. Yo solo estoy de paso por aquí» (pág. 210). Añade el espía: «-Claro que no. respondió con suavidad-. Lo de esta noche es una acción de guerra, ¿no es cierto? Requiere héroes y gente así. Dispuesta a hacer guardia sobre los luceros». Esto molesta a Ginés: «La alusión -una estrofa del Cara al Sol referente a los falangistas muertos- no pareció gustar a Ginés, porque un relámpago de ira crispó su rostro» (pág.212).

Pérez-Reverte reparte su saña habitual sobre ambos bandos contendientes, si bien distinguiendo idealistas de aprovechados; no obstante, obedeciendo a un tic, acaso influenciado por la historiografía al uso, acaso por convicciones arraigadas, se apega a la teoría del *descontrol* en la zona roja para explicar crímenes y sinrazones, sin justificarlos en modo alguno, mientras que sugiere una *inspiración oficial* en los de la otra zona; nada nuevo, por otra parte, para quien conozca escritos anteriores. En fin, cada uno es libre de opinar como le plazca, y allá las posibles polémicas de los historiadores serios y el novelista, que, en todo caso, se apartan del tema de estas líneas.

El juego de héroes y antihéroes no estaría completo sin la presencia de un *villano*; puede ocupar este papel otro personaje, Lisardo Queralt, coronel y jefe de policía y seguridad en Salamanca, a quien no cuesta mucho identificar como el trasunto del real Lisardo Doval, comandante de la Guardia Civil, quien llevó a cabo las detenciones de Hedilla y de numerosos falangistas cuando los hechos de la Unificación; dice de él quien fuera segundo jefe nacional de FE de las JONS que fue uno de los que «llevaron el sumario por esos derroteros extraños, pasmosos» (pág. 523 de *Testimonio de Manuel Hedilla*. Acervo. 1972).

Fuere como fuere, creo que no está al alcance de este articulista husmear en el subconsciente de Arturo Pérez-Reverte para comprobar si estas suposiciones son ciertas; además, estoy seguro que lo negaría de plano, ya puesto en el rol bronco, acre, acaso cínico y despectivo, de su personaje Falcó.

## Concha Espina y el *Cara al sol*

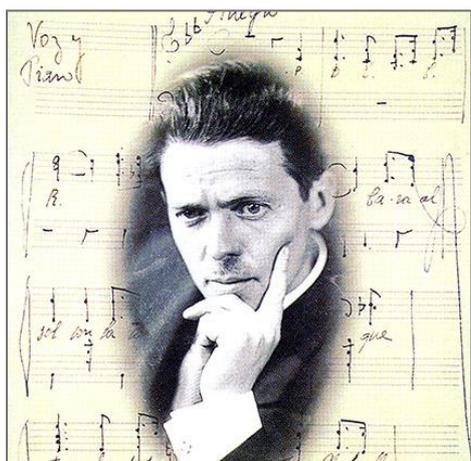
José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

**E**sta mujer, señora de la verdad, madre de Victor de la Serna, quien sobre sus hombros llevó, junto con otros tres falangistas, la caja que trasladaba el cadáver de Miguel de Unamuno, en un artículo que tituló *Valencia en Europa*, escribió que gracias a un mecenas valenciano, Rogelio García Castelló, se impresionó en Alemania el disco que había que resonar en Burgos por primera vez con el *Cara al sol*. Otro español, Juan Llosas, orquestó e instrumentó aquella música, dirigiendo una banda alemana.

Años después, Concha Espina escribió un artículo que tituló *Enlace*, dedicado únicamente al *Cara al sol*. Decía que ignoraba cuál era la esencia emotiva de esa canción que enarbolaba

frecuentemente cerca del Himno Nacional como un *enlace* suyo enviado sabe Dios a qué destino misterioso. Tal vez, seguía escribiendo, su mayor encanto trasciende de las cinco rosas nacidas a cada instante y para siempre en la punta de las cinco flechas interpretadas por la canción.

Hace después referencia a los que supieron nutrir de maravillosa emoción el poema de la Falange. Levantaron su mano abierta contra el poder luciferino desencadenado en España y se pusieron a escribir un himno de amor y de gloria. «Con un tema triunfal; el traje nuevo y humilde, dirección a los cinco puntos cardinales de la mejor heráldica española. Y un ritmo sonoro al paso marcial de las escuadras combatientes». A continuación cita, por este orden, a José Antonio, Tellería, Alfaro, Sánchez Mazas, Foxá quienes «juntos hacen el número de las flechas memorables. Aquella noche de Madrid, cuando en *La Ballena Alegre* rimaban la música y el verso de sus estofas, acaso uno habló, impaciente, como el triste y enorme poeta de Rocken, cuando dijo: “Busco unas palabras para la canción que poseo”».



Sorprende que la escritora haya omitido, en esa lista, los nombres de Dionisio Ridruejo y Pedro Murlane que también participaron en el himno de Falange Española, aunque ella añade, en forma de pregunta: «¿Los otros?». Sin que esté claro lo que ha querido decir. El primero, o sea, Ridruejo, leyendo un papel arrugado. Había modificado una idea y un verso de José Antonio y añadido el verso completo: *Volverán banderas victoriosas / Al paso alegre de la paz*. El segundo, el canciller como lo llamaba José Antonio, escribe este verso: *Que por cielo, tierra y mar se espera*.

Y termina Concha Espina su artículo añadiendo que «lo único necesario es el testimonio de que la poesía y la belleza, signadas con la impronta del sacrificio, tiene un valor eterno, una fuerza espiritual indomable. En ese inefable poder reside la virtud animadora de la canción falangista». Son los arqueros que disparan con rosas a un ideal de alegría y de paces. Hombres que cantando se despedían de lo que en el mundo se consideraba la felicidad. Un pálpito de banderas y de soles en los aires de un alegre amanecer y una primavera que volverá a reír

El 19 de mayo de 1955, falleció esta mujer, que fue candidata al Nobel de Literatura y que Marcelino Menéndez Pelayo vio en ella una novelista cuando escribió, *La niña de Luzmela*, calificada de «rebosante de vida». Poco antes de morir le preguntaron: «¿Cuál es a su juicio el sentido de la vida?». A lo que respondió: «Cumplir la voluntad de Dios con humildad y paciencia, puesto que tenemos fe en su otra vida interminable».

*Y antes que suban al campanario,  
los posos fúnebres de mi agonía,  
baja hasta el polvo de mi calvario  
para salvarme tú, Madre mía.*

Hoy, los restos de la que fue genial autora, reposan en el cementerio de la Almudena de Madrid.

## El relevo de Matías Montero

### Francisco Caballero Leonarte

(Trabajo fruto de la investigación histórica del autor y la narración de Antonio Tello Tello, sobrino y ahijado del asesino)

**C**uando el día 9 de febrero de 1934 caía asesinado por las balas marxistas el joven estudiante falangista Matías Montero, se estaba muy lejos de pensar que una de las consecuencias que

iba a tener dicha muerte sería, precisamente, el surgimiento de un nuevo camarada. Por voluntad del destino, la ausencia física de Matías pasó a cubrirse, como en un acto de relevo castrense, por un sobrino de su asesino. Insólita y sorprendente es esta pequeña historia, pero fue así.

### Los hechos

A última hora de la tarde del viernes 9 de febrero de 1934, Matías regresa a su casa después de haber participado, junto a otros camaradas del SEU, en la venta callejera del periódico *FE*. Matías tiene 20 años y está terminando la carrera de Medicina. Es huérfano. Vive en el mismo domicilio con sus hermanos y sus dos tías, Rafaela y Rosario, en la calle Marqués de Urquijo, 21, 3º, en el madrileño barrio de Argüelles. Le acompaña durante un rato su amigo Bonet, y al llegar a la calle Quintana, ya próximo a su hogar, se despiden. Él continúa su recorrido en solitario por la calle Mendizábal, ignorante de que le están esperando dos pistoleros marxistas. Los asesinos le siguen durante cierto tiempo y, sin mediar palabra, le disparan por la espalda. Los tiros son certeros, le alcanzan el corazón provocándole rápidamente la muerte. Incluso, para asegurarse de que, efectivamente, cumplen su propósito, uno de los asesinos aún se acerca para rematarle, estando Matías ya en el suelo, disparándole tres veces más en el vientre. Acto seguido los dos criminales huyen, pero uno de ellos puede ser detenido llevando la pistola homicida en su bolsillo. Se trata de Francisco Tello Tortajada; pertenece a la Juventud Socialista y trabaja como empleado en los Comedores de Asistencia Social de Madrid.



La rápida intervención del inspector de Policía Justino Arenillas Caballero, que detiene a Francisco Tello, permite que el día 19 de febrero de 1934 éste pueda ser juzgado por el procedimiento de urgencia, actuando en el mismo, como abogado de la acusación particular, José Antonio Primo de Rivera.

El diario *La Nación* de ese mismo día relata la vista de de la Causa:

A propuesta del acusador privado, señor Primo de Rivera, se le enseña una carta, que reconoce el procesado, dirigida al presidente de la Juventud Socialista. En esta carta se queja de que sus camaradas no le dejaban realizar un plan peligroso y que estaba dispuesto a asumir todas las responsabilidades.

-Primo de Rivera: ¿Qué plan era ése?

-Procesado: De tabaqueros afiliados a la UGT.

-Primo de Rivera: Ha dicho usted que ignoraba que se vendiera aquel día el periódico *FE*. ¿Por qué tenía usted en el bolsillo otro papel conteniendo la noticia de que al jueves siguiente se vendería el semanario *FE*?

-Procesado: Porque pensaba vigilar a los vendedores por si llevaban armas.

-Primo de Rivera: ¿Usted no conocía al muerto?

-Procesado: No.

-Primo de Rivera: Entonces, ¿Por qué lo mató?

### Informe de la acusación privada

-Don José Antonio Primo de Rivera anuncia una acusación breve.

-Con sobriedad y justeza refiere el hecho. Tello mató a traición al estudiante Matías Montero. Se le vio disparar, se le siguió sin interrupción y quedó detenido casi en el acto. Las excusas del procesado son débiles y no probadas, los testigos justificaron la certeza de la tesis acusatoria.

-Justifica las tres agravantes que alega: alevosía, que caracteriza el asesinato; premeditación y ensañamiento.

-El procesado es amigo de todos los que han realizado hechos tan cobardes como el de ahora perseguido. Según él, venía a la cárcel a visitar al presunto matador del estudiante Francisco de Paula Sampol, y al hablar de su vida pasada se refiere a Tejada, acusado por la muerte de don Vicente Pérez.

-Se le escapó a Tello la afirmación de que sabía de una organización preparada para cometer estos bárbaros atentados cuyos efectos viene sufriendo la sociedad. Todo revela que se había formado una banda para matar a los afiliados de Falange Española.

-La circunstancia de premeditación se desprende de cuantos extremos se han acreditado.

-El ensañamiento, para apreciarlo, basta con recoger las declaraciones técnicas de los forenses. Los últimos disparos se hicieron ya caída en el suelo la víctima.

Antes de acabar su elocuente informe, el señor Primo de Rivera, con honda emoción, habla de lo horrendo del delito, fría, tranquilamente perpetrado.

La Sala ha de proceder sin contemplaciones, imponiendo al acusado todo el peso de la Ley.

Hace una brillante apología del joven ejemplar, caballero perfecto, estudiante modelo, amante de su Patria, don Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, incapaz de acción alguna impura, sino preparado para defender el orden social, en cuyo holocausto resultó inmolado.

Francisco Tello resultó condenado a 23 años y tres meses de prisión, pero pronto salió de la cárcel, pues, al llegar al poder el Frente Popular, tras las elecciones de febrero de 1936, se promulgó una amnistía que abarcaba -según se dijo- todos los delitos de intencionalidad política.

### **El asesino**

Francisco Tello Tortajada nació en Cosuenda, provincia de Zaragoza. Tenía un hermano mayor llamado Antonio, y ambos recibieron una educación tradicional en el ámbito de una familia de la clase media de aquellos tiempos. Sin embargo, él nunca se mostró religioso o creyente, definiéndose ateo desde bien joven. Hombre inquieto, viajó por distintas provincias de España, conectando siempre con elementos marxistas. Se sabe que era obrero, pero no se le conoce oficio. Cuando fue detenido, prestaba servicios en los Comedores de Asistencia Social de Madrid. Su militancia socialista en el PSOE la ejercía en un grupo radical y violento llamado «Vindicación», que se dedicaba a realizar atentados y asesinatos por cuenta del Partido.

Según cuenta su sobrino Antonio, Francisco fue su padrino de bautizo, en 1925, porque en aquellas fechas se encontraba temporalmente en Barcelona, pero apenas existía relación familiar; «Mi tío era marxista y mi padre veía su militancia nefasta» (son palabras de Antonio). En congruencia con su pensamiento, Francisco procuraba beneficiarse de las mujeres pero sin llegar al matrimonio; no obstante, reconoció a un hijo de una de ellas.

Como se ha dicho, Francisco Tello salió en libertad a resultas de la amnistía promulgada por el Frente Popular en 1936, y, en reconocimiento a los «servicios prestados», fue protegido por el Partido. Cuando estalló el Alzamiento Nacional inmediatamente le nombraron Comisario



*Lugar de la calle Mendizábal donde cayó asesinado Matías*

Político. Evidentemente, la aureola que le creó su crimen entre los capitostes del Frente Popular le dio buenos frutos. Y así, poco a poco, fue alcanzando ciertas cotas de poder durante la contienda. Como muestra del talante de su tío, nos cuenta su sobrino Antonio: «Mi padre, como militar, se había unido al Alzamiento en Barcelona y por dicho motivo lo encarcelaron. Pasando por chekas y prisiones fue a parar al castillo de San Fernando, y, estando allí preso, ya casi al final de la guerra, llamó a su hermano Francisco y le pidió que, dadas las circunstancias familiares –su esposa y tres hijos pequeños, sin recursos–, hiciera lo posible para que pudiesen pasar a Francia. Francisco dijo que estaba dispuesto a hacerlo, pero con la condición de que mi padre aceptase ingresar en el ejército popular; incluso le ofreció hacerlo con un grado superior al que en aquellos momentos ostentaba. Es decir, como Teniente Coronel. No hubo acuerdo.

Antes de finalizar la guerra Francisco Tello logró huir de España y, como tantos otros responsables del Frente Popular, se instaló en Méjico, donde, murió al cabo de unos años. Se desconocen las circunstancias de su muerte.

### **El sobrino del asesino**

Antonio Tello Tello, natural de Barcelona, nació el 31 de enero de 1925, hijo de Antonio, de profesión militar, y de Pilar (S.L.).

Cuenta Antonio que, dado que en 1923, siendo capitán su padre, había coincidido éste con José Antonio, cuando era soldado en el Regimiento de Dragones de Santiago, en el cuartel de «Gerona», sito en la calle Lepanto de Barcelona, muchas veces en casa explicaba anécdotas y hablaba de las cualidades del joven soldado. Estos comentarios no pasaban desapercibidos por el niño que era Antonio, sino que, por el contrario, empezó a interesarse por tan singular personaje. Nos dice Antonio: «Tanto me habló mi padre de José Antonio –cuando ya había fundado la Falange– que empecé a sentirme falangista».

En aquellos tiempos era muy normal que las amistades se hiciesen visitas domiciliarias –no había T.V. y la radio era incipiente–. En esas visitas, como es natural, se hacían tertulias. Tratándose de militares, obviamente, las tertulias derivaban hacia los temas candentes del momento, políticos o castrenses. Así, en una de esas tertulias, mientras Antonio andaba jugando, oyó la noticia del asesinato de Matías Montero. Él no sabía quién era, sólo que era falangista. Sus padres no le dijeron nada, pero le faltó tiempo para bajar a la calle y comprarse un diario; así es como Antonio pudo enterarse de que el asesino de ese joven estudiante falangista era su propio tío y padrino. «Aquello fue un trauma para mí que me produjo una tristeza enorme». En ese momento Antonio tomó una firme decisión: «Cuando tuviese la edad sería falangista». Y sigue explicando: «Tal es así que, antes de nuestra guerra, me quise afiliarse a Falange. Conocía yo a varios falangistas de aquella época: Maluquer, Guasch, Sitches, Santa Marina y Pagés, de Olesa de Montserrat y que fue alcalde de Masnou en los años 40. Recordaré siempre su respuesta: ¿Qué va a hacer en Falange un mocoso como tú?».

Sin embargo la semilla ya estaba germinando, Antonio, con sólo 12 años pero de estatura considerable para su edad, estaba dispuesto a actuar en la Quinta Columna.

Cuenta: «Fue precisamente durante el transcurso de la guerra que un íntimo amigo de mi padre, que me conocía a fondo, se puso en contacto conmigo y entré a colaborar con él; yo era su contacto. Su hijo de mi misma edad nunca supo esto. Él me colocó como aprendiz, primero en una empresa que se dedicaba al rebobinado de motores de arranque para coches y camiones. Mi trabajo consistía en depositar una gota de ácido clorhídrico en el inducido o inductor. El proceso de corrosión hacía el resto. Se trataba de sabotear todo lo posible. Después, como se esperaba un desembarco nacional en la zona comprendida entre Mataró y Badalona, me destinaron a observar todo posible movimiento de tropas, fortificaciones, etc. Me desplazaba en tren o me subía a un carro, siempre con un saco para meter hortalizas, pero un día un miliciano sospechó de mí y me llevó a un cuartelillo donde me identificaron y, cuando supieron quién era mi padre, me llevaron a la misma cheka donde estaba él, en la calle Zaragoza. Creo que eso fue sobre el 20

de enero de 1939, porque poco después nos trasladaron a la cárcel Modelo y allí conocí a Sánchez Mazas y Jesús Pascual. El día 26 de enero fue liberada Barcelona y dos días antes hicieron una saca general llevándose prácticamente a todos los presos, menos a mí que era un crío y a mi padre gravemente enfermo; dijeron: “déjalo, éste no durará mucho”».

Cuando terminó la contienda, Antonio, completamente afirmado en su ideario, con una madurez notable, debida a sus aventuras quintacolumnistas, ingresó en las Organizaciones Juveniles de FET y de las JONS.

Tenía 14 años y toda la ilusión del mundo. Con el tiempo se incorporó a la famosa Centuria de Montañeros, desde la que se propuso continuar sirviendo a España y la Justicia. Creo firmemente que lo logró, porque a lo largo de toda su vida, luenga y fructífera, se mantuvo siempre incólume en sus creencias y valores esenciales y dando un envidiable ejemplo de fidelidad.

## Todos al cole

**Fernando Sánchez Dragó** *(El Mundo)*

**E**s asombroso que para ser notario, registrador de la propiedad, médico, profesor, secretario de ayuntamiento, barrendero o chupatintas haya que acreditar unos estudios, ganar unas oposiciones, presentarse a un concurso o poseer un mínimo de adiestramiento profesional y que, con absurda asimetría, que para ser diputado, ministro o jefe del gobierno sin aportar diplomas ni esgrimir méritos ni, poniéndonos en lo peor, saber hacer la o con un canuto. En



teoría, y en la práctica no digamos (ahí están no pocos podemitas), cualquier menda analfabeto provisto de carnet de identidad y sin cuentas pendientes con la Justicia y con Hacienda puede ascender a Señoría, sentarse en el banco azul o llegar a La Moncloa. Cabe dentro de lo posible, e incluso de lo probable, que tan descabellado mecanismo laboral también rija en otros países de los que llaman civilizados, pero allá ellos. Si semejante contradiós (y contra

la lógica aristotélica) no es un abuso de la democracia, que los santos padres de la Constitución nos lo expliquen. Firmar con una equis o con la yema del índice cuando se jura ante el Rey y ante las Cortes lo que ante las Cortes y el Rey se jure no es obstáculo para que cualquier maestro Ciruela, como ése del que se aseguraba que sin saber leer puso escuela, dirija nada menos que el país, su economía, su industria, su mercado laboral, su diplomacia, su policía, su ejército y todos sus restantes entresijos, incluyendo los de la cultura. De sobra sé que proponer la obligatoriedad de oposiciones de alto listón para convertirse en político es como esperar que los burros vuelen, pero en estricta obediencia jacobina de aquel delirante eslogan del mayo francés que aconsejaba pedir lo imposible, lo hago. ¡Qué diantre! La verdad es la verdad aunque la digan los progres. Y, ya puestos, sometería también a un riguroso examen psicológico y de cultura general, administrativa y económica (ideológica no) a cuantos pretendan ejercer su derecho al voto. ¿No asusta tanto el alza del populismo a quienes todavía, aunque acaso en fase de tente mientras cobro, nos gobiernan? Pues que dosifiquen el café para todos del sufragio universal sustituyéndolo –¡oh, herejía!– por el servido sólo a quienes tengan cacumen, criterio, altruismo, idealismo e interés por la res pública, y arreglado. ¡Es la pedagogía, estúpidos! ¡Leña a los políticos hasta que hablen inglés y a los votantes hasta que demuestren haber leído el Quijote!

## La tiranía que viene

**Rafael Sánchez Saus** (*El Diario de Sevilla*)

Con la complicidad entusiasta de algunos y medrosa de los más, como está mandado desde los tiempos de los faraones, vemos surgir ante nuestros ojos el nítido diseño de la tiranía que llega con el firme propósito de reducir a escombros los últimos espacios de libertad espiritual, la Universidad entre ellos. En sólo unos días, dos de las andaluzas, las tan queridas para mi de Cádiz y Sevilla, se han visto sometidas al ataque feroz de la intolerancia y el fanatismo.

El primer caso puede que sea conocido, pero sin duda no lo bastante, pues es un ejemplo en el que se reúnen todos los ingredientes del trato despótico y el sectarismo. La Universidad de Cádiz había cedido el uso de una de sus aulas, mediante alquiler y según lo establecido en su propia normativa, a unas entidades educativas muy arraigadas en la provincia para la celebración de una conferencia del profesor de Medicina Jokin de Irala, catedrático de una respetable y prestigiosa universidad española, la de Navarra. Un evento al que se acudía por invitación a la que habían respondido, reservando localidad, varios cientos de personas. Pues bien, en el último momento la autoridad académica decidió rescindir la cesión del salón ante la campaña suscitada contra conferencia y conferenciante en las redes sociales. Motivo: el doctor de Irala pretendía hablar de la homosexualidad en términos científicos, aunque presumiblemente poco compatibles con el credo LGTB (me niego a seguir añadiendo letras al horrible acrónimo). Y ante eso, nada vale el compromiso con los organizadores, el prestigio del conferenciante y los derechos de los ciudadanos que ya habían confirmado su asistencia.

El segundo episodio lamentable es sevillano y a estas horas del miércoles en que escribo pudiera estar a punto de perpetrarse. Un coloquio sobre ideología de género, programado para hoy en la Facultad de Derecho, con participación inicial de representantes de los principales partidos democráticos, ha sido puesto en entredicho por la sección LGTB de Podemos, que lo califica de «neomachista». Sin cortarse un pelo, los neocomunistas han exigido a la universidad la suspensión del acto y la intervención de los organismos feministas de la Junta, que nadie imaginó se fundaban para suprimir la libertad de expresión de los ciudadanos que acatan las leyes. La resistencia es un deber moral, siempre lo fue. ¿Ya no?

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es).

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

**ES23.0019.0050.0140.1010.8382**

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.